

CONTRA LA HISPANIDAD... RAMÓN J. SENDER Y SANTA TERESA DE JESÚS. *EL VERBO SE HIZO SEXO*, UN ACTO DE DESACRALIZACIÓN ESPIRITUAL E IMPERIAL

Autoría: María Gómez Martín (gomezmmaria@uniovi.es), Universidad de Oviedo

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7489-5693>

Resumen:

Este artículo se aproxima a la relación que Ramón J. Sender establece con el concepto de la hispanidad y el personaje de Santa Teresa de Jesús a través de su novela histórica *El verbo se hizo sexo*. Durante las primeras décadas del siglo XX, la santa carmelita se convirtió en la alegoría de una nación que mira al siglo XVI con la intención de recuperar los valores espirituales e imperiales que en este período dominaron. Mediante la reescritura de la biografía de un personaje que el autor admira, Sender conseguirá distanciarse de la narrativa maestra totalizadora que es la hispanidad.

Palabras clave:

Ramón J. Sender, Santa Teresa de Jesús, *El verbo se hizo sexo*, Hispanidad, Raza, Imperio.

Tweetable abstract:

Aproximación a la relación que Ramón J. Sender establece con el concepto de la Hispanidad a través del personaje de Santa Teresa de Jesús.

En el verano de 1931 Ramón J. Sender publica *El verbo se hizo sexo (Santa Teresa de Jesús)*, la segunda de sus novelas históricas tras el éxito que había supuesto el año anterior *Imán*, obra que, en cierto modo, también se inserta en el ciclo de literatura social y comprometida que había emprendido con su primera publicación y que continuaría con *O.P. (Orden Público)*, también de 1931, y *Siete domingos rojos* (1932).¹ En esta ocasión, el autor, influenciado por el triunfo europeo de las biografías noveladas que recientemente habían llegado a España,² aprovechó la ocasión de ofrecer una particular visión de la biografía de la santa abulense —participando, así, en el ciclo literario iniciado en 1882 cuando se cumple el tercer aniversario de su muerte y que DuPont denomina ‘boom teresiano’³— para exponer un muestrario de sus ideas políticas y, en especial, su opinión acerca de la narrativa identitaria española que había ido cobrando fuerza a lo largo del primer tercio del siglo XX: la hispanidad.

A principios de los años treinta Sender ya es un escritor combativo que goza de una posición reconocida como articulista, cuentista y redactor tras haber forjado su carrera como escritor trabajando desde la adolescencia en las principales publicaciones periódicas del país (*El imparcial*, *La Tribuna* o *El Sol*) y que, desde hacía unos meses, también había comenzado a disfrutar el éxito de sus primeras novelas.

Este es, por tanto, un periodo sumamente fecundo para el joven del que, conociendo su ideología y su compromiso libertario, tan solo podemos intuir el momento de exaltación que le hubo de ocasionar el advenimiento de la Segunda República, una nueva experiencia política en la que el republicanismo, el socialismo, el movimiento obrero y anarco-sindicalista habrían depositado sus esperanzas para poder determinar el presente y futuro del país, así como para coartar ese discurso de la hispanidad que desde posiciones conservadoras y católicas había comenzado a dominar todas las tendencias ideológicas de la comunidad nacional española durante

¹ El 2 de junio de 1930, Sender había publicado en el diario cenetista *Mañana* un breve artículo titulado ‘Diatriba del arte puro’ en el que sugería la elaboración de un arte social ‘aunque accediendo al concepto a través de una especie de rodeo teórico’, labor a la que se dedicó los años siguientes (José Domingo Dueñas Lorente, *Ramón J. Sender. Periodismo y compromiso [1924–1939]* [Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1994], p. 222).

² Manuel Pulido Mendoza, *La biografía moderna en España (1926–1936)* (Tesis doctoral inédita, Universidad de Extremadura, 2007).

³ Denise DuPont, *Writing Teresa. The Saint from Ávila at the Fin-de-Siglo* (Plymouth: Bucknell University Press, 2012), p. 29. En esta obra DuPont describe los cincuenta años que transcurren (1880–1930) como el periodo donde se concentra el mayor número de autores inspirados, de una manera u otra, en la santa carmelita. Es más, si bien en su obra analiza la postura de Leopoldo Alas ‘Clarín’, Miguel de Unamuno, José Martínez Ruiz ‘Azorín’, Blanca de los Ríos y Emilia Pardo Bazán, también advierte de la necesidad de estudiar la obra de otros autores como Juan Valera, Antonio Machado o el propio Ramón J. Sender (DuPont, p. 33) así como las opiniones vertidas por la comunidad científica puesto que tampoco permaneció al margen del influjo teresiano.

la última década.⁴ Un reflejo de esta situación es lo que Pamela Radcliff denominó crisis de representación que impera en la intelectualidad española de uno u otro signo político a comienzos de los años treinta y que provoca que incluso aquellas personas adeptas al régimen republicano recaigan en esta narrativa oficial, así como de todos aquellos relatos maestros que de esta penden.⁵ Esta circunstancia se materializa, incluso, en el hecho de que intelectuales de izquierda, como podría ser Cristóbal de Castro, o literatos republicanos, como Armando Palacio Valdés,⁶ participan en su difusión al mostrarse incapaces de romper con los hilos invisibles con los que el discurso supranacional cubrió la mentalidad colectiva de la nación española. Una situación generalizada que afectó a toda la oferta ideológica del periodo, con mayor o menor intensidad, y en la que, con la publicación de esta novela, Ramón J. Sender consigue generar una pequeña fisura para así poder alejarse de las coordenadas establecidas por el relato maestro.

De esta forma, si *Imán, O.P.* y *Siete domingos rojos*, son consideradas como una muestra de literatura social, este estudio se propone profundizar en el análisis de la novela histórica *El verbo se hizo sexo* por sobrepasar la capacidad de evasión o didactismo que puede ofrecer la literatura⁷ y comprometerse, mediante la utilización del género social e histórico, con el cuestionamiento de la narración del pasado de la comunidad nacional. Es más, como indica Francisco Carrasquer,⁸ la preferencia de Sender por el género histórico se debe a la intención implícita en sus composiciones de poder entender aquellos acontecimientos de los que fue partícipe —la guerra hispano-marroquí, la Segunda República o la guerra civil—, hallar las causas que los motivaron y analizar los procesos que desembocaron en las mismas, es decir ‘buscar las raíces del problema que reventó como tumor maligno en esa misma guerra [civil]’.⁹

⁴ Véase Ángeles Egido León, ‘La hispanidad en el pensamiento reaccionario español de los años treinta’, *Hispania: Revista española de historia*, 53.184 (1993), 651–73; Eduardo González Calleja y Fredes Limón Nevado, *La hispanidad como instrumento de combate* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, 1988); María Gómez Martín, ‘La hispanidad: Cauce y pretexto de una política propagandística durante la Guerra Civil y el primer franquismo’, en *El ocaso de la verdad: propaganda y prensa exterior en la España franquista (1936–1945)*, ed. Antonio Moreno Cantano (Gijón: Ediciones TREA, 2011), pp. 127–56; María Gómez Martín, *Imaginación, género y poder. Una lectura crítica del relato mítico nacional español a través de la literatura histórica (1840–1940)* (Oviedo: Trabe, 2020).

⁵ Pamela Beth Radcliff, ‘La representación de la nación: el conflicto en torno a la identidad nacional y las prácticas simbólicas en la Segunda República’, en *Cultura y movilización en la España contemporánea*, ed. Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (Madrid: Alianza, 1997), pp. 305–25.

⁶ Manuel Galeote López, ‘La recuperación de un costumbrista cordobés bohemio, galante y finisecular: Cristóbal de Castro (y II)’, *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, 134, 1998, 165–78; Fernando de la Milla, ‘Visitas de Crónica. Armando Palacio Valdés’, *Crónica*, 13 de noviembre de 1932, p. 16.

⁷ José Álvarez Junco, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX* (Madrid: Taurus, 2001).

⁸ Francisco Carrasquer, ‘La novela histórica de Sender’, en *Historia y crítica de la literatura española*, vol. 7, ed. Víctor García de la Concha (Barcelona: Crítica, 1982).

⁹ Carrasquer, *La novela histórica de Sender*, p. 657.

Una hipótesis que no contradeciría la denuncia social que impregnaba las obras del primer Sender y que permite comprender porque este nunca se desligaría de esta modalidad narrativa.¹⁰

En la primera de sus novelas (*Imán*) el autor aragonés ya había evidenciado los horrores ocasionados por una guerra dispuesta por mantener el estatus colonial—el texto sintetiza la guerra de Marruecos, las privaciones a las que la soldadesca estuvo sometida y la indiferencia por parte de las instituciones gubernamentales a la crítica situación que se vivía al otro lado del estrecho de Gibraltar—, una experiencia que, al igual que en la segunda de sus novelas —el relato de aquel soldado español que tras abandonar el ejército ingresó en la cárcel por su militancia política y sus ideas contrarias al régimen de Primo de Rivera— había vivido en primera persona. Por último, de las novelas que formarían parte de este primer ciclo, al que se sumará *Mr. Witt en el Cantón* (1935), en *Siete domingos rojos* expondrá la lucha social desde el punto de vista, también muy personal, del anarquismo español. Tres novelas cercanas en el tiempo entre las cuales se intercala la escritura de *El verbo*, novela que recoge esta militancia latente en sus obras más inmediatas para ofrecer, en un cambio de estrategia combativa a fórmulas más indirectas, una crítica al relato mítico nacional predominante por entonces a través de la figura de Teresa de Jesús. No era nueva su utilización como metáfora colectiva de la comunidad nacional, pues desde finales del siglo XIX la representación de esta como alegoría espiritual de la madre patria se había convertido en un lugar común de los discursos políticos y literarios,¹¹ pero sí el hecho de ofrecer una alternativa reprobadora del relato oficial.

Así, mediante la utilización de un lenguaje eminentemente religioso, transmitirá un mensaje fuerte y claro en la convicción libertaria acerca del sentimiento espiritual español en el que, como señaló Cansinos–Assens a tenor de una reflexión sobre la obra del autor aragonés, se ‘asume ya esa ingenuidad firme y sin conflicto, esa inocencia de la fe que no sabe nada de la teología’.¹²

Sender tuvo, por tanto, la oportunidad de explicar su desconfianza hacia una religión que ‘se rodea de sugerencias sensuales en el culto [...] [que] se han aprovechado todos los símbolos y se les ha recargado de imaginería’,¹³ así como hacia unas instituciones que se valen de esta para imponerse y de los malos usos que se utilizan en su provecho desde la autoridad estatal y burguesa de la que parten al asociar el culto con ‘sentimientos como el de patria, durante la Reconquista o

¹⁰ José María Jover Zamora, *Historia, biografía y novela en el primer Sender* (Madrid: Castalia, Editorial S.A., 2002).

¹¹ DuPont; Gómez Martín.

¹² Rafael Cansinos–Assens, ‘Crítica literaria: Ramón J. Sender y la novela social’, *La Libertad*, 8 de enero de 1933, p. 9.

¹³ Ramón J. Sender, ‘La Cuestión religiosa. Impopularidad de la iglesia’, *La Libertad*, 29 de enero de 1932, p. 1.

la invasión francesa'.¹⁴ Es de esta forma como el autor, alejándose de todos los artificios recreados por el estamento eclesiástico, recurrió a una figura religiosa pura y sencilla, tal y como considera a santa Teresa de Jesús —de quien indica que siente una gran fascinación desde su infancia—,¹⁵ para rememorar la esencia de una religión primitiva en la que predomina el amor entre los seres humanos y así poder limpiar a la monja carmelita de cualquier mácula vinculada al sostenimiento de la dimensión espiritual de la narrativa de la hispanidad en la cual le había sido otorgado el papel de santa de la Raza en 1918.¹⁶

A través de esta novela el autor proyecta socavar dos de las narraciones maestras que sostenían el sistema ideológico de gran parte de la sociedad española de principios del siglo XX. Por un lado, mediante la humanización de la figura de Teresa de Jesús, pretende recuperar la figura de una gran mujer cuya biografía habría sido manipulada hasta convertirse en el referente de esa raza de grandes caballeros cristianos que estaban llamados para elevar a la nación española a liderar la comunidad hispano-católica y a la par, mediante la crítica del relato de la hispanidad, ofrece una versión alternativa a la historia triunfalista, llena de glorias (ilusorias y simbólicas), que procuraba promover la sensación de continuidad respecto a determinados pasajes del pasado nacional —la Reconquista, el Descubrimiento de América y el Imperio español— e intercambiar el fragmentado antiguo imperio por un modelo de unidad espiritual y supranacional.

En este sentido, la inquietud de Ramón J. Sender por el significado y alcance que las voces de *imperio* y *raza* habían adquirido bajo la narrativa de la hispanidad le lleva, con anterioridad a la publicación de *El verbo*, a interesarse por la reconceptualización que ambos términos habían ido experimentando en la década de los años veinte. De hecho, la noción de Imperio español, así como todas aquellas cuestiones derivadas del pasado nacional en relación con el continente americano, era una cuestión de la que ya se había ocupado en alguno de sus artículos, así como en el primero de sus ensayos, *El problema religioso en Méjico: católicos o cristianos* (1928), una obra prologada por su amigo José María Valle-Inclán, quien, en la presentación de la obra, interpreta como para el autor el conflicto religioso 'se asimila a las grandes epopeyas de la fe, con sus héroes, sus mártires, sus campeones cruzados'.¹⁷ Igualmente quedará reflejada en *Imán*, novela en la que, al ofrecer su versión del desastre de Annual de 1921 como uno más de la historia nacional, denuncia el empeño del gobierno español por mantener con

¹⁴ Sender, 'La Cuestión religiosa', p. 1.

¹⁵ Ramón J. Sender, 'Antecedentes a *Tres novelas teresianas*', en *Obra Completa* (Barcelona: Destino, 1976), pp. 577-79 (p. 577).

¹⁶ Giuliana Di Febo, *La Santa de la Raza. Teresa de Ávila: Un culto barroco en la España Franquista* (Barcelona: Icaria Editorial, 1988).

¹⁷ Roberto Castrovido, 'En México. El problema religioso', *La Voz*, 31 de octubre de 1928, p. 1.

vida los últimos vestigios del antiguo Imperio español. Esta preocupación acompañará al escritor a lo largo de su obra.¹⁸

De una u otra manera, los testimonios de Sender de la época condensan el hondo pesar acerca del periodo de supremacía colonial que el Estado español habría impuesto y pretendía continuar, tal y como evidencian las palabras que escribe en *El Sol* al referirse a Latinoamérica:

remilgadas señoritas de las casas coloniales españolas, caracteres místicos de Castilla y de Vasconia, moralizadores del dólar, indios irredentos, generales bárbaros y el enjambre que se organiza laboriosamente, mezclando lo sublime a lo estúpido, la maldad inconsciente e inútil con la honda virtud, también espontánea y sin objeto. Se ve bullir un pueblo nuevo, que pone su sacrificio y su heroísmo en un vago empeño de mejoramiento, que corre y se afana para ir no sabe a dónde. Es Méjico a fines del siglo pasado.¹⁹

También es en esos artículos periodísticos donde primero frivoliza con el concepto de *raza* a tenor de la reseña que realiza de la obra *Epigramas* de Carlos Díaz Dufoo ‘pero el Sr. Díaz Dufoo sonríe probablemente ante las cuestiones de raza cuando a estas se las quiere sacar del casillero antropológico para elaborar con ellas una idea política’ o, igualmente, a la hora de publicitar el ensayo de José Pla, *La misión internacional de la raza hispánica* (1928).²⁰

Así, el autor, siempre pendiente del acontecer político, compondrá diversas lecturas acerca del pensamiento contemporáneo en clave anarcosindicalista para explicar como sería el sentimiento de añoranza burgués hacia un pasado imperial el que habría fomentado el avance de los movimientos totalitarios tan populares en Europa por entonces —‘como Mussolini, Hitler resucita el pasado. No crean. Re–crean [...] La burguesía lo asimila encantada, porque es resurrección, que es la única forma de novedad que tolera’—. ²¹ Una crítica que se vehicula nuevamente a través de la genealogía bíblica: ‘En el principio, el verbo, la palabra: el hombre. Detrás de este aparece el Renacimiento con sus monstruos de ambición. Ya vendrá luego, después del verbo, la palabra escrita y la nueva ley.’ ²² La idea, por tanto, de recurrir al concepto de Verbo —es decir, el Logos, la Palabra, entendido como un título de Jesús de Nazaret— se reitera en sus escritos y se recupera una vez más para dar título a esta novela en una propuesta que, aunque

¹⁸ Francisco Carrasquer, *La integral de ambos mundos: Sender* (Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 1994).

¹⁹ Ramón J. Sender, ‘Novela. Conrad, Jose “Nostromo”’, *El Sol*, 25 de diciembre de 1927, p. 2; Ramón J. Sender, ‘Ensayo: Pla, Jose: La misión internacional de la raza hispánica’, *El Sol*, 1 de noviembre de 1928, p. 2.

²⁰ Ramón J. Sender, ‘Literatura. Díaz Dufoo, Carlos: «Epigramas»’, *El Sol*, 13 de noviembre de 1927, p. 2.

²¹ Ramón J. Sender, ‘Hechos y palabras, Vuelta a Maquiavelo y al Renacimiento’, 20 April 1932, p. 1.

²² Sender, ‘Hechos y Palabras’, p. 1.

desacertada como apunta Mainer pues no representa en su totalidad el contenido del libro,²³ sí es muy eficaz en su pretensión de provocar una reacción ante un público que califica como clasista y descubrir, así, nuevas vías de provocación:

Diciendo [en el título] que el Verbo se hizo sexo ya es otra cosa. Se les dice escandalosamente algo de lo más puro que hay dentro. Claro está que yo no creo que el Verbo se hiciera sexo. Para ello habría que creer antes en el Verbo. Uso esa palabra porque hay alguna que dar a las potencias del espíritu, a la flor y la espuma de la pobre inteligencia humana.²⁴

La irritación buscada con la utilización de este concepto con tantas alusiones religiosas se extenderá también a lo largo del propio texto en el que se realiza una reconstrucción de la vida y personalidad de Teresa de Jesús, iniciándose en su adolescencia y prolongándose unos años después de su fallecimiento, cuando es canonizada en 1622. A lo largo de esta, y siguiendo la moda pautada por el auge y éxito de las biografías noveladas, Sender abandona el apego a la línea cronológica y tan solo se detendrá en aquellos episodios de la vida de Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada que, en sus distintas etapas existenciales, considera más importantes (adolescencia, juventud y madurez). En este sentido, como afirma Francisco Soguero, ‘no se relatan todos los momentos de la vida del personaje, no se le hace recorrer toda la, muchas veces, vacua cadena del tiempo. El biógrafo moderno procede a hacer una selección rigurosa de aquello que considera relevante para la comprensión del carácter del biografado’.²⁵ El propósito, además, de incidir en la diferencia sustancial de esta obra respecto de otras biografías noveladas del momento, es el de insertar diferentes tramas que, asumidas por los familiares de la protagonista, se entrelazan a su alrededor con el fin de elaborar su particular deconstrucción del concepto de hispanidad, tal y como se tendrá oportunidad de observar. Una circunstancia que imposibilita adscribir la obra a un género concreto.²⁶

²³ José-Carlos Mainer, *Ramón J. Sender: la búsqueda del héroe* (Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón (CAI), 1999), p. 33.

²⁴ Ramón J. Sender, *El verbo se hizo sexo (Santa Teresa de Jesús)* (Madrid: Zeus, 1931), p. 9.

²⁵ Francisco Soguero García, ‘El verbo se hizo sexo: la aportación senderiana a la biografía vanguardista’, en *Sender y su tiempo, crónica de un siglo: Actas del II Congreso sobre Ramón J. Sender* (Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001), pp. 387–402 (p. 398).

²⁶ Clasificada por José-Carlos Mainer como ‘un sucedáneo de la tragedia’ (*Modernidad y nacionalismo, 1900–1939*, Historia de la literatura española, vol. 6 [Barcelona: Crítica, 2010], p. 557) contiene elementos que dificultan su catalogación como novela histórica, puesto que parece no haber más acuerdo que este entre la crítica especializada que oscila entre el ‘excelente relato histórico’ que también describe Mainer (*Modernidad y nacionalismo*, p. 557). La biografía novelada de Jesús Vived y Virgilio Ibarz (‘Teresa de Jesús en la obra de Ramón J. Sender’, *Diario Del Alto Aragón*, 10 de agosto de 2015, p. 62), la psicológica de Juan Carlos Ara Torralba (‘La galería personal de Ramón J. Sender’, *Alazet: Revista de Filología*, 7, 1995, 157–68) o la interpretación freudiana como la describe Rafael Cansinos-Assens (p.

Un texto beligerante

El autor, en el prólogo de la novela, ya intuye que debido a las alusiones sexuales que introduce iba a ser considerada una ofensa para determinados sectores de la sociedad española —católicos, monárquicos, antiliberales—. Presentimiento que se cumple. Sin embargo, Sender, por su parte, insiste en justificar su texto con argumentos que buscan contrarrestar la opinión de una crítica influenciada por el reduccionismo psicológico que describe su texto como una indecente blasfemia:

La alusión a Freud tan repetida en las crónicas de estos días, pone de relieve una vez más la malicia de sacristía, contra la cual —sin proponérselo— iba mi libro [...] —al margen, lejos y fuera del psicoanálisis— [...] [la obra] no es una profanación, no es una indecencia.²⁷

La defensa que el propio Sender realiza unos meses después de su publicación no evita que se sucedan las objeciones al texto desde distintas posiciones ideológicas ni que, con el paso del tiempo, se lamente profundamente de su publicación, tal y como explica qué ocurrió Francisco Carrasquer:

Fue una de las primeras cosas que me advirtió Sender al comunicarme mi intención de redactar una tesis doctoral sobre su obra: ‘Olvide ese título, ¡por favor! Fue un lamentable error de juventud’. Le dolía haber hecho de su venerada santa y admirada escritora un caso de ‘sublimación sexual freudiana’, defendiendo más o menos implícitamente la teoría psicoanalítica de que el sexo es tan poderoso que solo se le acalla o se le inhibe sublimándolo por vía sagrada (ascética o mística).²⁸

Sin embargo, al Sender de 1931 le resulta incomprensible que su obra sea analizada únicamente desde una perspectiva freudiana puesto que considera imposible analizar las emociones —las sugerencias ‘de alto rango’ o la fascinación que dice sentir por este personaje—, a través del psicoanálisis puesto que traduciría su admiración a ‘una puerca historia de clínica’.²⁹ El autor considera que la psicología es incapaz de entender los sentimientos que le inspiran la

9), género tan en boga en el momento de su concepción y que el mismo Sender rechazaría Ara Torralba (p. 62).

²⁷ Ramón J. Sender, ‘Primero en discordia. Orden del día: Teresa de Jesús’, *La Libertad*, 6 de diciembre de 1931, p. 1 (p. 1).

²⁸ Francisco Carrasquer, ‘Segunda incursión en el “realismo mágico” de las novelas Históricas de Sender’, en *Sender y su tiempo, crónica de un siglo : Actas del II Congreso sobre Ramón J. Sender* (Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001), pp. 131–46 (p. 141).

²⁹ Sender, ‘Primero en discordia’, p. 1.

santa y acusa directamente a la crítica confesional de no comprender el espíritu de Teresa ni el mensaje que difundió:

La razón [de las reprobaciones] es que existe un liberalismo católico que todavía representa algo en el plano culto de nuestra vida española, lleno de supersticiones intelectuales y fisiológicas. No se pueden tocar ni el Verbo ni el sexo. Ni las santas. Yo he cometido tres imprudencias en un solo título de un solo libro. ¿Pero la imprudencia tiene algún valor hoy, en esta época de transustanciaciones, de transmutaciones, en este preámbulo republicano de los grandes augurios, de las grandes esperanzas? La imprudencia no existe ya. Seamos imprudentes, vivamos en la imprudencia. Será, en todo caso, cuestión de aplazar un poco más el desarraigo de nuestras inteligencias, de nuestros sentimientos, que ya nada tienen que ver con la tradición de las brillantes mentiras teológicas, sociológicas, artísticas.³⁰

Así, un joven Sender, aún revolucionario, combativo, libertario y con apenas treinta años,³¹ aprovechando los cambios introducidos en la mentalidad colectiva desde la proclamación de la Segunda República, se atreve a desafiar a un amplio sector de la sociedad conservadora y tradicional al señalar con claridad expositiva su particular punto de vista:

Yo entiendo por Verbo una cosa; por sexo, otra, y por santidad, otra, muy diferentes de lo que vienen dando a entender los señores que van detrás de mi pobre libro con sus jaculatorias barrocas. Como lo que yo entiendo es producto directo de la sensibilidad y es sincero, y como yo nunca he pensado en tragarme a los curas —el anticlericalismo es burgués—, tiene un valor humano. ¿Y literario? Ah, es verdad. Resulta que también hay valores literarios. Pero yo de eso, ante Teresa de Cepeda, no me acordaba.³²

La crítica encontró una indeseada humanización del personaje protagonista que inmediatamente se transcribió en un desvergonzado tratamiento de la espiritualidad, así como de los valores éticos y morales que el autor representaba, convirtiendo incluso la reseña literaria en un ataque hacia su persona:

Descartamos [entre su producción literaria], por el momento, [...] y su interpretación freudiana de Teresa de Jesús ‘El verbo se hizo sexo’, transposición maligna del ‘Verbum caro factum est’ de la Iglesia, que, realizada en forma de novela histórica, choca un poco con el espíritu moderno del autor, mal preparado para esas introspecciones.³³

³⁰ Sender, ‘Primero en discordia’, p. 1.

³¹ José Domingo Dueñas Lorente, ‘Ramón J. Sender, periodista: el aprendizaje de la persecución’, en *El lugar de Sender: Actas del I Congreso sobre Ramón J. Sender (Huesca, 3-7 de abril de 1995)*, ed. Fermín Gil Encabo y Juan Carlos Ara Torralba (Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1997), pp. 45–64.

³² Sender, ‘Primero en discordia’, p. 1.

³³ Cansinos-Assens, p. 9.

[En la novela] predomina una estética artificiosa e intelectualista, impropia de quien aspira a un puesto en el sector de la literatura revolucionaria. En cualquier obra de Sender se observa que allí conviven, difícilmente soldadas, dos simpatías: la del escritor de masas, enamorado de las nuevas formas de vida, y la del intelectual individualista y minoritario, a quien resultan gratos ciertos juegos artísticos puramente externos. Cuando logre eliminar este residuo de su formación artística, que a todos nos ha perseguido un poco, escribirá grandes novelas realista; porque la frialdad de observación, el talento analítico y la fuerza creadora se acusan con más vigor cada vez en sus libros.³⁴

Por el contrario y a pesar de la crítica conservadora y confesional, la novela fue muy bien recibida entre un público que agotaría la primera edición en pocos meses. La controversia estaba servida y la prensa liberal no dejaría de promover en su entorno la enconada polémica que de ella se esperaba, tal y como avanza el periódico *La Libertad* (del que el autor era colaborador habitual), al anunciar la publicación de la obra: ‘He aquí un libro que sin duda concitará en torno a sus páginas las más apasionadas discusiones’.³⁵ Sender pretendía provocar a la clase media española y a los sectores más conservadores de esta y, sin ninguna duda, lo consiguió. También frente a las opiniones adversas, el *Heraldo de Madrid*³⁶ recomienda su lectura, de igual manera que en *La Gaceta Literaria*, el periodista e historiador, Rodolfo Gil Benumeya la cataloga como una de las novelas a destacar en la sección ‘Libros Rebeldes’, afirmando que el ‘magnífico libro de Sender refleja la máxima esperanza’.³⁷ Sender no se había equivocado en sus pronósticos y en la polarizada sociedad de 1931 la novela se convertirá en un caballo de batalla más en la pugna ideológica del momento.

Con esta novela el autor pretendía recrear el ambiente histórico de la Contrarreforma, así como la vida de una mujer, en concreto de una santa reformadora con una extensa familia de conquistadores y colonos, dos significativas circunstancias para el pensamiento finisecular del país. En ella y en su legado la nación española depositaba el deseo de convertirse, según indican Rosa María Alabrús y Ricardo García Cárcel, en ‘referente del catolicismo universal, capaz de convertir a infieles y herejes más allá de la Inquisición, con la fuerza del ejemplo, la capacidad del discurso didáctico, el esfuerzo adoctrinador’.³⁸ Fuerza, capacidad y esfuerzo son las principales cualidades que condujeron a los autores regeneracionistas a redescubrir a Teresa bajo los epítetos de madre espiritual, heroína de la nación, pilar ante la adversidad y esencia castellana.

³⁴ Díaz Fernández, ‘Reseña de libros: La novela de masas’, *Luz*, 3 de enero de 1933, p. 4.

³⁵ Ramón J. Sender, ‘Ventanal de las letras: *El verbo se hizo sexo (Teresa de Jesús)*’, *La Libertad*, 16 de agosto de 1931, p. 8.

³⁶ Sin firmar, ‘El Mejor Libro Del Mes’, *Heraldo de Madrid*, 10 de noviembre de 1931, p. 2.

³⁷ Rodolfo Gil Benumeya, ‘Libros rebeldes: Ramón J. Sender. Teresa de Jesús’, *La Gaceta Literaria*, 15 de octubre de 1931, pp. 14–15.

³⁸ Rosa M^a Alabrús Iglesias y Ricardo García Cárcel, *Teresa de Jesús. La construcción de la santidad femenina* (Madrid: Cátedra, 2015), p. 17.

La humanización de Teresa

Dentro de esta reciente tradición, la mirada de Ramón J. Sender no difiere. Es más, si bien el prefacio de la obra constituye una verdadera declaración de sus intenciones ‘deconstructivas’, también deja entrever como su amor y respeto hacia la santa, lejos de los reparos que concitará, es absoluto desde su adolescencia, cuando recuerda haber tenido el primer contacto a raíz de las celebraciones en torno al cuarto centenario del nacimiento de Teresa en 1915.³⁹

La historia de España para el autor aragonés, explica Francisco Carrasquer, habría sido una continua lucha entre dos corrientes: la legal u ortodoxa, representada por las instituciones, y la ilegal o heterodoxa en la cual se inscribe toda una nómina de autores procedentes de la cultura popular, incluida Santa Teresa. Por ello, sus novelas históricas, y también sociales, constituirían ‘un *pretexto* para hablar de lo español y siempre en contraste con otros valores raciales o nacionales’.⁴⁰ Esta sería entonces una más de las principales razones por las que Sender, heredero de la generación regeneracionista de principios del siglo XX, sentía admiración por la mística, ámbito donde se ubicaba la esencia de la identidad española, y la heterodoxia, un espacio que, de cualquier manera, estaba representado por la figura de Teresa.⁴¹ En esta consideración, para Sender realismo y misticismo debían ir de la mano y, así, preocupado por la verdadera personalidad de los personajes que protagonizaron la historia nacional compuso una obra escrita ‘con refinada sensibilidad y nada vulgar en punto a su documentación’, tal y como describe José-Carlos Mainer.⁴²

De hecho, y fruto de su querencia por la heterodoxia hay en la novela una importante presencia de esta, así como una fuerte aquiescencia hacia otras religiones del libro presentes en la España del siglo XVI. Si el autor no se había conformado con romper todas las reglas escritas, y no escritas, acerca de la posición que Teresa de Jesús ocupa en el panteón de ilustres personalidades católicas españolas, implementa su provocación al criticar abiertamente tanto la presencia de la religión católica en la península como la ausencia del resto de opciones que la habían poblado y que tanto habrían contribuido en la conformación de la identidad española —una más de las muchas influencias que se observan del ensayo de Américo Castro, *Santa Teresa y otros ensayos*⁴³—. De esta forma el reproche a la intransigencia y a la intolerancia de la fe

³⁹ Alabrús Iglesias y García Cárcel, pp. 17 y ss.

⁴⁰ Carrasquer, *La novela histórica de Sender*, p. 658.

⁴¹ Ara Torralba, pp. 157-68; DuPont, pp. 3-9.

⁴² Mainer, *Ramón J. Sender*, p. 33.

⁴³ Américo Castro, *Santa Teresa y otros ensayos* (Santander: Historia nueva, 1929).

española se extenderá a través de las páginas de esta novela mediante la comparación constante entre las tres religiones:

Trabajan los moriscos. Gracias a ellos y a los judíos que aún quedan puede vivir España y sostener su pomposo tren. Lo de Oriente y Flandes, lo de Italia e Indias es un lujo que el país se permite porque moriscos y judíos crean el fondo de la hacienda nacional.⁴⁴

Una censura continua que refleja el malestar presente en el autor hacia todos los organismos, doctrinas y, especialmente, los integrantes de la mencionada institución. Se asiste, por tanto, a una desacralización de la Iglesia católica, de sus ritos y estamentos —la escena en la que un niño micciona durante la Eucaristía porque es ‘lo que pertenece a su edad’⁴⁵ señalaría el punto de no retorno—. Así, de la invectiva generalizada tan solo la figura de Teresa puede sentirse segura puesto que, en su ofensa contra la religión, Sender la considera como la única y verdadera representante del sentimiento cristiano, una mujer, para más señas, a través de la cual eleva su crítica a un nivel superior. Este es el motivo por el cual aparece retratada como la única luz que iluminó dos entidades contaminadas, la Iglesia y, por ende, el Estado nacional que, por todo lo demás, se muestra decrepito y mezquino.

De hecho, Teresa es, al igual que los paisajes que se describen, un ser que ilumina todo lo que le rodea. La admiración que se observa entre líneas, aunque lejos de las obras coetáneas, tanto historiográficas, científicas o literarias, se propone ofrecer una imagen humanizada de aquella mujer que tras su muerte se convirtió en santa, doctora y patrona de España: ‘No he querido hacer, repito, una biografía’⁴⁶ insiste el autor en el prólogo de la obra. En una biografía común, afirma, hubiera sido justificado proporcionar la imagen habitual de Teresa, de ‘madera festoneada de oro y pañoletas rizadas’, pero esa no es su intención.⁴⁷ Por ello, frente a las biografías de factura clásica, pormenorizadas y escrupulosas, el autor ofrece una alternativa lejana a las hagiografías hechas hasta entonces, mostrando un punto de vista muy particular y mucho más cercano de Teresa como una mujer que siente, sufre y duda. Además, mediante una narración en la que se combinan episodios concretos de su vida con aquellos elementos íntimos y personales que más humanizan al personaje, busca esa interpretación personalizada de su figura.⁴⁸

La diferencia con las antiguas biografías positivistas también queda reflejado en el peso que adquiere el magisterio que José Ortega y Gasset transmitió a través de sus *Ideas sobre la*

⁴⁴ Sender, *El verbo*, p. 14.

⁴⁵ Sender, *El verbo*, p. 37.

⁴⁶ Sender, *El verbo*, p. 9.

⁴⁷ Sender, *El verbo*, p. 9.

⁴⁸ Pulido Mendoza, p. 209 y ss.

novela, en donde aplicaría aquellas teorías que ya había transmitido en *La deshumanización del arte* a la literatura.⁴⁹ La cotidianeidad de la trama que actúa como hilo conductor para las descripciones de paisajes y psicologías ayudan a generar una atmósfera intranscendente, tal y como pregonaba el filósofo madrileño que debía hacerse si se quería rescatar a la novela del agotamiento al que la habían conducido los períodos anteriores. Sender, siguiendo esta recomendación llena de significado, carga de luz, color y sensorialidad los espacios por los que transita la santa en Ávila, usando fórmulas propias del teatro y generando una atmósfera concordante con la situación que vive y siente el personaje de su obra en cada momento,⁵⁰ una característica de la que Jordi Gracia y Domingo Ródenas indican que, junto a su interés por los dramas humanos y su capacidad para crear psicologías veraces, es la más reconocible de la producción de Ramón J. Sender.⁵¹ Así, la evidencia de que no es una biografía al uso también se observa en el peso que adquiere la escenografía en el desarrollo de la trama —‘Los moriscos quedan alineados en el fondo. Plano de luz que corta dentro de la taberna’⁵² o ‘Por la puerta asoma Ezequiel. Sotana semítica en los hombros puntiagudos y estrechos. Pecho hundido que justifica el asma y la pequeña joroba negra’,⁵³ pueden ser algunos de los ejemplos presentes.

Por todo ello, como se indica, es la irreverencia ante el orden establecido la que enmarca esta novela con la que el autor aragonés pretende socavar la conciencia de las clases burguesas y los estamentos privilegiados de la recién estrenada Segunda República, a sabiendas de las dificultades con las que se podría encontrar, pues él mismo advierte que

Pero con esto hay que tener cuidado.

La moral impuesta por una tradición católica que, pretendiendo resolverlo todo al margen de los sentidos, crea y difunde los mejores argumentos sensibles y los aplica a todas las cuestiones, ha dado razones maliciosas a los ateos.⁵⁴

Sin embargo, Sender también aleja a la santa de la religión y de los beaterios reconociéndole en el impulso vital de su obra como ‘una mujer hermosa, valiente, decidida y que de haber sido hombre habría hecho grandes cosas, como los caballeros de la Tabla Redonda o los de la serie de Amadis’.⁵⁵ De una u otra forma consigue humanizar una figura sacralizada dando a

⁴⁹ José Ortega y Gasset, *Ideas sobre la novela* (Madrid: Alianza, 1999).

⁵⁰ José-Carlos Mainer, ‘La narrativa de Ramón J. Sender: la tentación escénica’, *Bulletin hispanique*, 85.3 (1983), 325–44.

⁵¹ Jordi Gracia y Domingo Ródenas, *Derrota y Restitución de La Modernidad, 1939-2010*, Historia de La Literatura Española, vol. 7 (Barcelona: Crítica, 2011), p. 366.

⁵² Sender, *El verbo*, p. 15.

⁵³ Sender, *El verbo*, p. 18.

⁵⁴ Sender, *El verbo*, p. 7.

⁵⁵ Sender, ‘Antecedentes a Tres Novelas Teresianas’, p. 577.

conocer a la verdadera mujer mediante, como indica Mainer, una biografía de la madre,⁵⁶ que se esconde bajo las descripciones que unos y otros dieron de ella durante los siglos posteriores a su muerte hasta convertirla en un ente abstracto alejada de una imagen objetiva y equilibrada.

La táctica utilizada para la consecución de este fin será la de rebatir, siguiendo las pautas nuevamente marcadas por el ensayo de Américo Castro⁵⁷, todas aquellas consideraciones que la narración de la leyenda acerca de la santa ya daba por ciertas. Así, la Teresa de Sender, y, por ende, la de Castro, no es una figura sacra, pero tampoco es esa mujer histérica que describen los estudios freudianos y endocrinológicos de la época —‘no hemos querido recoger el equívoco de San Juan de la Cruz. Santa Teresa no fue una histérica sexual, porque para serlo le faltaba la conciencia de su propia carne y de la carne ajena [...] Nunca un sexo fue más puro’,⁵⁸ indica refutando los argumentos psicológicos defendidos en España por el sector liderado por el doctor Roberto Nóvoa Santos,⁵⁹ para quienes la santa abulense era esa mujer estereotipada por la literatura científica cuyos arrebatos se debían a su propia naturaleza sexual y al desconocimiento que tenía sobre sí misma—. Una aseveración que Sender también menosprecia al ofrecer la imagen de una mujer que conoce el placer de su propio cuerpo mediante la autoexploración.⁶⁰

La oración, el amor y el beso

Por otra parte, y más allá de los múltiples desafíos que Ramón J. Sender intercala en la novela, bajo la biografía de Santa Teresa también se esconde un muestrario de las múltiples vertientes que puede alcanzar el concepto de amor. Teresa, desde la inocencia que la caracteriza, observa el mundo que la rodea con curiosidad y atención, siendo entonces testigo de las distintas facetas en

⁵⁶ Mainer, *Ramón J. Sender*, p. 33.

⁵⁷ De hecho, Américo Castro justificará su ensayo de 1929 como un intento de reacción ‘contra la tendencia, entonces muy difundida, a considerar los trances místicos de la futura Santa y su forma de expresarse como un reflejo de crisis neuróticas y femeniles’ (p. 9).

⁵⁸ Sender, *El verbo*, p. 7 y 9.

⁵⁹ Roberto Nóvoa Santos, *Patografía de Santa Teresa de Jesús y El Instinto de La Mujer* (Madrid: Javier Morata, editor, 1932). Durante estas mismas fechas Nóvoa Santos explicó el misterio de la transverberación narrado por la propia Teresa en diversas conferencias y, posteriormente, en una publicación corregida de estas. Para el médico gallego el primer trance de la santa abulense coincidiría con una angina de pecho que le produciría una reacción histérica y la consiguiente visión del angelote, circunstancia que ofrecería entonces ‘la explicación profana del misterio: una crisis de angor pectoral despierta una visión imaginaria de contenido místico —la visión del querubín—, en relación con la disposición moral e intelectual de la Santa’ (p. 39). Una explicación científica acerca de la patología física que sufriría basándose en los testimonios escritos de la mística pero que apenas ofrece un análisis detallado acerca de la histeria que le diagnostica.

⁶⁰ Sender, *El verbo*, pp. 210–11.

las que los sentimientos pueden expresarse entre los seres humanos, tanto en su forma platónica como en la más sensual conocida.

Para ello, Sender aboga por una vuelta a la religiosidad primitiva, como ya se mencionó, entendida como la expresión más pura y sincera de acercarse a Dios, sin intermediarios y sin el boato ni el artificio de las instituciones eclesásticas, y para conseguir este fin el autor se vuelve a inspirar en los escritos de la santa abulense y, en concreto, en la consideración alegórica de que el libro bíblico del *Cantar de los Cantares* ofrece la fórmula más adecuada para expresar el amor a Dios mediante un diálogo directo entre el alma y la deidad, teoría que sancionó en su obra *Meditaciones sobre los Cantares o Conceptos del amor de Dios* (1566–1575). Este tratado que su autora destruyó en dos ocasiones aconsejada por su confesor, Diego de Yanguas,⁶¹ recoge unos pocos versículos del *Cantar* a partir de los cuales y de la relación que se establece entre los esposos protagonistas realizó diversas reflexiones sobre el uso que tiene la oración como vía de comunicación, más que oral, sensorial. Teresa se identifica con la esposa del poema bíblico mientras que, al otro lado, se hallaría el esposo, es decir, Jesús. De esta forma el matrimonio entre ambos cobraría sentido entendido como una plegaria.

Esta conversión se vehicula a través de la acción de besar —‘¡Bésame con los besos de su boca!’;⁶² una petición que a Teresa tanto le sorprendió como para convertirla en la expresión con la que iniciar sus *Meditaciones*. Para esta, como explica Larissa de Macedo, el beso se habría convertido en una metáfora mediante la cual se asiste al primer contacto del alma con Dios y, así, una vez que el beso es dado de los labios brotarían las palabras de la oración.⁶³

Sender, también guiado por el ensayo de Castro, recoge la resemantización de los conceptos de *oración* y *matrimonio* que realiza la monja abulense y la traslada a su propia narración. Asimismo, la pareja original del *Cantar*, esta vez representada por Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada y por Jesús, se convierte mediante este juego de roles en los protagonistas de un nuevo libro. Ambos, al igual que los amantes originales, serán en el texto que nos ocupa unos esposos que relatan sus encuentros y desencuentros a lo largo de la vida de Teresa con la esperanza

⁶¹ Se debe tener en cuenta que por entonces estaba completamente prohibido publicar contenido religioso en lengua romance, un obstáculo al que se sumaría el propio sexo de la autora, sin embargo el texto de las *Meditaciones* consiguió sobrevivir parcialmente debido a las copias que ya circulaban por la orden carmelita y que finalmente fueron publicadas por el padre Jerónimo Gracián en 1611. Véase Julio C. Varas García, ‘Las Meditaciones sobre los Cantares, de Santa Teresa de Jesús, en el ms. 868 de la Biblioteca Nacional de España’, *Manuscr. Cao*, 12, 2012, 2–13; Larissa de Macedo Raymundo, ‘O conceito do amor de deus em *Meditaciones sobre los cantares*, de Santa Teresa de Jesús’ (Tesis doctoral inédita, Universidade Presbiteriana Mackenzie, 2015).

⁶² ‘El Cantar de Los Cantares’, en *Sagrada Biblia*, ed. Eloino Nacar Fuster y Alberto Colunga Cueto O.P. (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1986), v. 1: 1.

⁶³ Macedo Raymundo, 55-8.

de, una vez superados todos los inconvenientes y obstáculos, reencontrarse de una manera definitiva tras la muerte.

Sender aprovechó entonces el punto de partida que le ofrecía el propio manuscrito de Teresa de Jesús para convertir su novela en un tratado de amor aunque para ello tendrá que sobrepasar la estructura de la pareja original e introducir nuevas fórmulas afectivas. Esta obra no solo será un canto al matrimonio, representado a través de Teresa y de Jesús, sino también a la sensualidad y el erotismo que se refleja en el resto de mujeres presentes quienes se ofrecen como llave al éxtasis. De Fátima, la morisca enamorada de su hermano Pedro, se dirá que es ‘la sensualidad de Oriente en sus ojos quietos y melancólicos, en sus labios estrechos y carnosos [...] una oleada de voluptuosidad’,⁶⁴ en cambio, de Irene, su prima, representa la lujuria del acto carnal y la inconsistencia a la que esta conduce. Ambas suponen la vía por la que la protagonista tiene sus primeras impresiones de la pasión y la lujuria, que si bien no comprende lo que implican conseguirá interpretarlos y redefinirlos mediante un código personal en base a su espiritualidad.

De igual forma, a través de sus padres, hermanos y demás personajes con los que la monja carmelita se interrelaciona será capaz de identificar otro tipo de pasiones como el amor paternofilial o, en mayor grado, el visceral. Un amor, este último, dominado por la pasión que se transforma en ira e incluso en odio hacia los tuyos debido a la interferencia de un elemento extraño. De hecho, Teresa comprenderá esta tipología a través de sus hermanos Pedro y Rodrigo y de la mala relación que mantienen desde el inicio de la novela, peleándose, una y otra vez, hasta llegar a las manos, siendo solamente separados por la intervención de su hermana.

Por último, será en un capítulo titulado ‘La pasión’ donde el autor narrará cómo Teresa se convierte en la santa del relato mítico a raíz de un proceso de comunión entre la pasión carnal y el amor espiritual hacia Jesús. La Teresa de Sender, quien había iniciado su particular relación con Dios al considerarlo como un trasunto divino de sí misma, observa a Jesús, en un último y máximo punto de desacralización, como una figura atractiva y sexualizada, un hombre de carne y hueso hacia el que por fin sentirse atraída:

Al recordar el erotismo excitante del ‘Cantar de los cantares’ no lo aplicaba a la idea de Dios, asexuada y sobrenatural, sino a la del Crucificado, triste doliente lleno de atractivos humanos. Jesús le atraía físicamente, y de ahí su devoción por María Magdalena, en la que adivinaba un amor apasionado.⁶⁵

La figura de Jesús la dejaba, con sola su presencia, extática y arrobada. Jesús, con la barba rubia y rizada, con una belleza al mismo tiempo viril y femenina por las guedejas de seda

⁶⁴ Sender, *El verbo*, pp. 23 y 26.

⁶⁵ Sender, *El verbo*, p. 159.

y por los ojos azules. Teresa lo amaba; Teresa se rendía ante su penetrante atracción, y sus manos se plegaban sobre el pecho. No podía hacer la higa ya más que a San José y a la Virgen. A Jesús no [...].⁶⁶

Será a partir de entonces cuando la monja carmelita comience en su trayectoria vital una relación directa con el dolor, la enfermedad y la muerte, una nueva experiencia que a pesar de estar alejada del plano sentimental supondrá en ella un aprendizaje más para acercarse a su cometido final: la santidad.

Así, todas estas experiencias conducirán hacia el punto álgido de la novela, y de la vida misma de Teresa de Jesús, que supuso el acto de la transverberación, un regalo espiritual que le es concedido como premio a la intimidad ya alcanzada con Dios: ‘¿Era Jesús? No. Era el amor de Jesús, que le enviaba en la embajada de un querubín [...].’⁶⁷

Un acontecimiento crítico en la vida de la monja carmelita sobre el que se construirá la narrativa maestra acerca de la santidad de Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada y que Sender transmitirá como si se tratasen de diversos encuentros sexuales. En definitiva, al igual que el libro bíblico en el que se inspira, la novela es una celebración del amor, sincero y pasional, entre dos esposos, en este caso Teresa y Jesús, que manifiestan un deseo mutuo y se regocijan en su intimidad.

Finalmente, Teresa ha encontrado en su esposo, el amor de su existencia, un amor apasionado y sensual que la ayudará a conocer su propio cuerpo y a conducirlo a límites insospechados a través del dolor, pero también de la exaltación. Este es el encuentro sexual que también se observa en el *Cantar de los cantares* entre los esposos y a partir del cual Teresa podrá continuar con su vida canónica que transcurrirá durante los siguientes años envuelta en la inmensa tarea de reformar, fundar, escribir y defender su obra; una inmensa labor que cobraría el máximo significado a raíz de su muerte cuando Teresa se convierta en mito vivo de la España imperial y eterna:

Teresa no envejecía. No necesitaba su lozanía para Jesús. Teresa no murió. Sigue viviendo en la parda llanura de Ávila, en el cimbal de las ermitas y en las campanas de la catedral. [...] [En] una estampita [...] [que] representaba la muerte de Teresa [...]. En los ojos [...] vivos y despiertos, palpitaba un corazón embriagado de esperanza. Había en la estampa una sensualidad ingenua y poderosa. Brazos frescos, mejillas rosadas, labios de fruta. La muerte era una alegre explosión sensual. Al dorso estaba la famosa glosa: ‘vivo

⁶⁶ Sender, *El verbo*, p. 197.

⁶⁷ Sender, *El verbo*, pp. 206.

sin vivir en mí...’ Esa impersonalidad humana de toda su vida —vivo sin vivir en mí— la salvó de la muerte.⁶⁸

El imperio y la raza

Como ya se avanzó, a la humanización de Teresa se le sumarán dos nuevas disrupciones en la narrativa oficial acerca de la identidad española que dominaba el discurso nacional de principios del siglo XX en su relación con el contexto de la hispanidad. En primer lugar, la nacionalización de Teresa y su cosificación, en palabras de Denise DuPont, en una ‘Spanish property and symbol’⁶⁹, permiten que se convierta en el vehículo adecuado para introducir en el texto las diferentes opiniones que el autor a la altura de 1931 mantiene sobre conceptos tan cotidianos en su realidad como son los de *raza e imperio*. Dos términos que están presentes en el vocabulario habitual de todos los miembros que integran la comunidad nacional —independientemente de su tendencia ideológica, tanto para aquellos que aceptan la hispanidad como un discurso maestro y la única vía posible para asegurar el futuro de España en su dimensión doméstica e internacional, como aquellos otros que recogen el sentido subyacente que este ofrece, pero aún así lo asumen y lo emplean aunque con intenciones opuestas— y que en la novela cobran vida a través de su personificación en dos de sus hermanos: Rodrigo y Pedro. Así, en el reparto de roles que ofrece esta particular lectura de la obra Teresa se convierte, nuevamente, en una madre sagrada, una personificación de la madre patria que se sustenta sobre las alegorías que representan sus hermanos: Rodrigo/imperio y Pedro/raza. Frente al grueso de autores que engolan la narrativa imperial, destaca la visión reprobadora de Ramón J. Sender quien con su ácida pluma conjuga en sendas encarnaciones la censura a las ansias expansionistas del Imperio español y la obsesión por la pureza de sangre que dominaban en la España del siglo XVI y su traslación al XX sobre las que se construye este relato.

La crítica al imperio se inicia mediante una metáfora en la que la grandeza de las catedrales castellanas se observa como una sorprendente alianza que se originó durante la llamada Reconquista para agradecer al Dios cristiano haber permitido tamaña cruzada emprendida en su nombre:

INTERIOR de la catedral, con la luz de la mañana crucificada en las altas rejas y policromada por los vidrios. El incienso se difunde entre las naves y materializa el aire melificado por los cirios. Las catedrales son exvotos alzados por los nombres para

⁶⁸ Sender, *El verbo*, p. 247.

⁶⁹ DuPont, p. 11.

agradecer el triunfo de la reconquista, pero al mismo tiempo la España triunfante se considera con ellas acreedora de Dios. Como, por su parte, dios le da la razón, proporcionándole éxitos guerreros, se produce una reciprocidad de mercedes y gratitudes que hacen de España la clave del destino europeo, llena de divinos fueros. La catedral significa la alcoba de Dios. Se cultiva en ella un simbolismo erótico verdaderamente sublime, con un aparato exterior de fuerte y rica sensualidad, como lo exigiría un dios enamorado [...].

La vanidad el amor de Dios se hace piedra [...] Un hálito de superstición enciende los corazones y se transmite a las armas de los caballeros. La guerra es santa. La guerra por el Dios español es una virtud que conduce al cielo, y matar a los hijos de Dios que no pueden vivir cerca de esta intimidad perfumada de alcoba es hacerles una merced. Arde en los pechos, en los ojos de la nobleza, la satisfacción del amor divino correspondido.⁷⁰

El reproche a la construcción de la nación española y a sus orígenes ubicados en el siglo XVI —tal y como apuntaba la mística de la hispanidad—, comienza con sutileza, gradualmente cobra intensidad a medida que avanza la descripción hasta que, finalmente y a modo de súplica, un místico sin nombre implora ante el altar: ‘—¡Jesús, salvad a España!’’, recibiendo como respuesta de una voz anónima un ‘¿De qué la va a salvar? Parecería más indicado que dijera: “Salvad de España a los demás países”’.⁷¹ Esta reflexión acerca de la historia del país también podría trasladarse a la realidad de los primeros meses republicanos, así como a la proyección exterior que se materializa a través de dicho discurso. La imagen que emite el Estado español es, para el autor, nefasta; crítica que se incrementa a través del personaje de Rodrigo y sus ansias por convertirse en un caballero del Imperio español, formando parte de los ejércitos de Carlos I en la península italiana y, posteriormente, yendo a las Indias junto al resto de sus hermanos donde morirá. En él está representado el Imperio.

Como ya se mencionó, Ramón J. Sender había conocido, durante el servicio militar en Marruecos,⁷² los horrores de una civilización que entrega a sus ciudadanos a cambio de gloria y prestigio. Su experiencia le proporcionaría entonces la autoridad moral para utilizar la noticia del fallecimiento de Rodrigo en las Indias para emitir un lamento por todos aquellos jóvenes que, en cualquier momento y lugar, murieron en nombre de la patria:

Casi llorando balbucea Don Alonso [al enterarse de la muerte de su hijo]:

—Comino, sí. Tres hijos perdidos por España. ¿No será esto un castigo de Dios? ¡La patria! ¿Queréis decirme, Don Lope, qué es la Patria? ¿No es la vanidad, la ambición, el egoísmo? Tanto sacrificio, tanta sangre, tanta callada desesperación por una sombra, Don Lope, por una sombra.

⁷⁰ Sender, *El verbo*, pp. 35–36.

⁷¹ Sender, *El verbo*, p. 38.

⁷² Ignacio Martínez de Pisón, ‘Marruecos en Sender’, *Alazet: Revista de filología*, 26, 2014, 289–

Rompe a llorar. ‘Un castigo’, repite entre sollozos. ‘El patriotismo es soberbia y Dios nos castiga’

[...] No dejéis que vuestro amor de padre os perturbe de esa manera. Una muerte heroica en la juventud es un don de Dios. Los dones de Dios son siempre así. Dios es el infortunio, pero es Dios todopoderoso. Aparece la huella de su mano en todas partes, ensombreciendo nuestro destino para que resplandezca más su reino.⁷³

De esta forma, para Don Alonso, padre ya por entonces de tres hijos muertos al servicio de la corona de Castilla, la patria ya no es aquella madre que alimentaba y defendía a sus hijos antes de la muerte de Rodrigo—‘Antes te quiero muerto que cobarde’⁷⁴ le diría por entonces—, puesto que, ahora que las circunstancias han cambiado, se convierte en una madre despiadada que sacrifica a sus descendientes por honor y gloria: ‘En España solo quedan viejos, enfermos, sacerdotes y brujas, porque todos los demás cimentan [sic] con sangre el reino de Dios por esos mundos y de paso llevan los cuartos de los infieles.’⁷⁵

Así, el autor castiga en sucesivas lecciones de humildad la soberbia nacional que ha desangrado la comunidad con la muerte de sus integrantes más jóvenes, un pensamiento que también parece recurrente en el Sender de los años treinta pues en *Imán* ya había realizado una denuncia similar:

Esto es la guerra [afirma al referirse a la guerra hispano-marroquí]. La banderita en el mástil de la escuela, la *Marcha real*, la historia, la defensa nacional, el discurso del diputado y la zarzuela de éxito. Todo aquello, rodeado de condecoraciones, trae esto. Si aquello es la patria, esto es la guerra: un hombre huyendo entre cadáveres mutilados, profanados, los pies destrozados por las piedras y la cabeza por las balas.⁷⁶

Parece evidente entonces la invectiva soterrada a las ansias de expansión que dominaron a todas las coronas que gobernaron el territorio español, desde los Trastámara, los Austria y, por último, los Borbones, así como a la sistemática excusa evangelizadora que estos impusieron como motivo de conquista y colonización en el continente americano cuando, subyace un expolio económico y cultural. Contexto sobre el cual se asienta el ideal de caballería cristiana tan manido en el período y también presente en el texto:

Don Rodrigo, arrodillado ante el fraile le pide su bendición. [...]

—Id con Dios. No olvidéis que os acompaña una parte de la patria católica, que vos mismo, vuestro brazo, vuestro corazón, son la patria y que vuestra mengua va la de ella. Sois valeroso, no os falta pericia militar ni la educación de hijo de nobles. Una

⁷³ Sender, *El verbo*, pp. 122–23.

⁷⁴ Sender, *El verbo*, p. 51.

⁷⁵ Sender, *El verbo*, p. 114.

⁷⁶ Ramón J. Sender, *Imán* (Barcelona: Destino, 1976), p. 190.

circunstancia desfavorable en la historia de vuestro apellido va con vos, pero vuestra dignidad y hombría de bien la suplicarán, y teniéndola vos presente haréis que los demás la olviden. Joven sois y el porvenir se os presenta propicio. Conquistad lauros para la fe católica, para la patria y para vuestra propia gloria.⁷⁷

La conclusión a la que induce el retrato que Sender realiza sobre la dedicación y capacidad de sacrificio exigida por la patria y sus dirigentes bien podría extenderse al otro pilar fundamental que sostiene el discurso identitario nacional durante el presente de Teresa y el del propio autor: la fe:

Ha dedicado Don Lope la vida entera al servicio de Dios, ¿Qué puede temer? [pregunta Teresa]
—Temo haberla perdido.⁷⁸

Es, además, en este contexto donde también se puede explicar la subtrama de Pedro, figura alegórica de la raza, cuyo empeño en desvelar un secreto que atañe a toda la familia y que tan solo los varones de esta conocen pondrá en peligro el honor de los Sánchez de Cepeda. A lo largo del transcurso de la novela el enigma que tanto afecta al hermano de Teresa se mantendrá oculto, pero son numerosos los indicios que hacen sospechar que el documento que Pedro ha descubierto, y del que solo se dice que de hacerse público ocasionaría el hundimiento económico y social de la familia, sería la prueba que certificaba su ascendencia judeoconversa, tal y como se percibe en estas palabras: ‘Una circunstancia desfavorable en la historia de vuestro apellido va con vos’ había afirmado el padre Bonifacio al despedir a Rodrigo en la cita ya señalada.⁷⁹ Finalmente, el documento será destruido por Diego, primo de los hermanos y también conocedor del asunto, lo que provocará el último enfrentamiento de Pedro con su familia.

Un planteamiento sumamente audaz para un periodo en el que aún se desconocían los orígenes judeoconvertos de la santa abulense y que, sin ninguna duda, se fundamentó en la hipótesis que Américo Castro insinuó tras considerar tres indicios: el uso de un particular lenguaje por parte de la monja carmelita, las preocupaciones temáticas que dominan en el conjunto de sus obras, y el sumo cuidado que puso a la hora de eludir siempre sus orígenes.⁸⁰ Esta conjetura se confirmaría una década después tras la localización en el archivo de la Real Chancillería de Valladolid, por parte de Narciso Alonso Cortés, de la documentación que acredita cómo el abuelo paterno de Teresa se acogió al edicto de gracia de los Reyes Católicos para reconciliarse con la

⁷⁷ Sender, *El verbo*, p. 76.

⁷⁸ Sender, *El verbo*, p. 127.

⁷⁹ Sender, *El verbo*, p. 76.

⁸⁰ Castro, pp. 19-33.

Iglesia católica en 1485.⁸¹ Ante la imposibilidad de que Sender tuviera constancia de este hecho en 1931, todo parece indicar que esta subtrama es una provocación más, esta vez inspirada en las conclusiones que el historiador había alcanzado.

Pedro, en su empeño por desvelar la verdad y defender la autenticidad del documento, será rechazado y expulsado del núcleo familiar, circunstancia que le enviará al ostracismo, alejándose de su comunidad de origen (de los de su raza), a vagar por el territorio y a vivir en la más absoluta pobreza. De Pedro se dirá en la novela que ‘viéndolo respirar con dificultad sentía toda la amargura de aquella vida torcida, de aquel débil navegar contra la corriente, siempre río arriba’⁸², un destino común para todas aquellas personas que opinan de manera diferente al conjunto de la masa. Algo con lo que Sender podría sentirse identificado. Pedro desobede las normas socialmente establecidas, se enemista con su familia, se fuga con unos moriscos y es despreciado por la jerarquía eclesiástica. En definitiva, se había extraviado: ‘pensaba [...] que su vida entera había sido una equivocación, que hay que ser sencillos, sumisos y útiles’.⁸³ No obstante, en sus últimos momentos de vida, tras besar el crucifijo de Teresa —en una señal de reconciliación con aquella iglesia y comunidad que su hermana representa, frente aquella otra que lo había expulsado en su juventud— quien lo perdona y lo absuelve de todos los pecados, morirá en sus brazos.

En definitiva, la novela de Ramón J. Sender consigue distanciarse del discurso oficial de la hispanidad mediante el socavamiento de los dos pilares sobre los que esta narración se levanta —tan solo Isabel la católica, tercer pilar de este gran relato, permanecería ajena a su crítica—,⁸⁴ por un lado, mediante la figura de su hermano Rodrigo, el imperio y, por otro, a través de Pedro, la raza, ambos representan sendas caras de una misma moneda, pero también en ellos están personalizadas diversas formas de entender el honor. El primero, por un lado, aportaría la honra nacional, puesto que morirá en América dando la vida por el Imperio, contribuyendo así a incrementar el prestigio y la gloria de la nación, mientras, por otra parte, en el segundo estaría representado el honor individual, puesto que se alejará de su familia para vivir en la pobreza al entender que sus parientes engañaban a la sociedad en la que habitaban, para tan solo acercarse a su hermana, ya madre Teresa, al final de su existencia.

⁸¹ Joseph Pérez, *Teresa de Ávila: Y la España de su tiempo* (Madrid: EDAF, 2007).

⁸² Sender, *El verbo*, p. 225.

⁸³ Sender, *El verbo*, p. 226.

⁸⁴ Véase Gómez Martín, *Imaginación, género y poder*.

La negación del padre

Finalmente, y a modo de conclusión habría que recordar que el autor aragonés legó a la posteridad una narración con la que, en los últimos años de su vida, se mostró disconforme, llegando incluso a retractarse de su existencia y volviendo a reescribir. La nueva versión, publicada bajo el título de *Tres novelas teresianas*,⁸⁵ tendría la intención, según Carrasquer, de ‘liquidar positivamente el conflicto ético–axiológico (no creo que llegase a trauma) que le deparó la publicación de *El verbo se hizo sexo* [...]’.⁸⁶

se publicó el manuscrito sin verlo yo [habría justificado el autor]. Se lo había prestado a un amigo —yo estaba en el campo, en el verano—; se lo había prestado para que lo viera, pensando yo reescribirlo porque lo consideraba una tontería de la adolescencia, un ejercicio de instituto. Y él lo publicó pronto. Cuando me di cuenta ya estaba en las librerías.⁸⁷

El rechazo que sintió por su creación también se materializó al impedir su inclusión en la edición de sus obras completas,⁸⁸ una decisión que, por otra parte, contradice el hecho de que, al menos en 1931, sí había defendido vehementemente el texto en prensa —‘Mi pobre libro se ha encontrado con una serie de críticos al sesgo [...] porque sin haber leído el libro, por solo el título, clama al cielo, jurando que es una irreverencia juzgar a la santa a través de Freud’—⁸⁹ y permitido una segunda reimpresión.

Sin embargo, un par de décadas después emitiría una sucesión de disculpas con el propósito de distanciarse de esta novela con las que, sí tenemos en cuenta los diferentes factores desarrollados a lo largo de este análisis, los hechos no parecen estar de acuerdo. En primer lugar, hay que tener en cuenta que la beligerancia del texto, tal y como se ha observado, no sería propia de un adolescente de ‘quince o dieciséis años’, como explicó⁹⁰, máxime si tenemos en cuenta otras palabras del autor: ‘si he de decir la verdad, mis años diez–veinte eran caracterizados por la delicia del “no entender”. Ni en amores, ni en política ni en ciencias. Era el gozo de la pura intuición llevada a los últimos extremos y establecida como norma’.⁹¹ Sería, por tanto, a su vuelta

⁸⁵ Ramón J. Sender, *Tres Novelas Terebianas* (Barcelona: Destino, 1967).

⁸⁶ Carrasquer, ‘Segunda incursión’, p. 141.

⁸⁷ Vived and Ibarz, p. 62.

⁸⁸ Vived and Ibarz, p. 62.

⁸⁹ Sender, ‘Primero en discordia’, p. 1.

⁹⁰ Jesús Vived, *Ramón J. Sender. Biografía* (Madrid: Páginas de Espuma, 2002), p. 69.

⁹¹ Ramón J. Sender, ‘Prólogo’, en *Imágenes y Recuerdos. 1909-1920: La Pérdida Del Reino*, ed. Pere Gimferrer (Barcelona: Difusión Internacional, 1979), pp. 12–13 (p. 12).

de la experiencia bélica en Marruecos cuando Ramón J. Sender comenzaría a interesarse por el acontecer político y, en concreto, por una ideología de izquierdas.⁹²

Por otra parte, también se debe considerar que a lo largo del texto se localizan diversas trazas de la influencia de estudios publicados en fechas recientes a 1931 como son los ensayos de José Ortega y Gasset y de Américo Castro, así como la adopción del modelo de construcción narrativa proporcionado por el género de las biografías noveladas, de moda a finales de los años veinte. Circunstancias todas que no hubieran estado presentes en una narración compuesta entre 1916-1917.

Por último, otro argumento que también permite considerar que tras la reescritura de *Tres novelas teresianas* se esconde la intención de alejarse del contenido político e ideológico presente en *El verbo* es el hecho de que en ‘La puerta grande’ —capítulo concreto que revisita la novela histórica de 1931— Sender elimina cualquier mención a la subtrama de los hermanos de Teresa, tanto de Rodrigo/imperio como de Pedro/raza.

Todo ello, sumado al hecho de que defendiese con ahínco su publicación en la prensa coetánea y aprobase en un corto periodo de tiempo su reedición, parece indicar que el posterior repudio más bien se podía deber al mal recuerdo que le generaba asociar el polémico contenido del texto a los peores momentos de su biografía. Quizás, por ello, el único motivo plausible para entender la negación que reitera sobre *El verbo* se deba a la reflexión madura de un escritor que ya había dejado atrás los excesos de su juventud y radicalización política⁹³ y que pretende olvidar un pasaje sumamente doloroso como fue la tragedia personal que le supuso la guerra civil —el fusilamiento de su mujer por las tropas rebeldes, la particular persecución por parte de los comunistas que le condenaron (falsamente como ha demostrado Donatella Pini⁹⁴) por desertor y su posterior exilio—, arrepintiéndose de la secularización que había hecho de la santa abulense.

Sin embargo, tal y como se ha podido observar, incluso a pesar de los intentos destructivos de su padre, *El verbo se hizo sexo* ha conseguido sobrevivir al paso del tiempo como una obra menor, pudiendo ser considerada, en la actualidad y por todas las circunstancias señaladas, como una *rara avis* no solo dentro del panorama literario del período sino también de la propia

⁹² Sin firma, ‘Ramón J. Sender’, *La Tierra*, 2 de abril de 1924, p. 1.

⁹³ Francis Lough, ‘Ramón J. Sender y la revolución española’, en *El lugar de Sender: Actas del I Congreso sobre Ramón J. Sender (Huesca, 3-7 de abril de 1995)*, ed. Fermín Gil Encabo y Juan Carlos Ara Torralba (Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1997), pp. 303–14.

⁹⁴ Donatella Pini, ‘La participación de Sender en la guerra de España: evidencias y dudas’, en *El lugar de Sender: Actas del I Congreso sobre Ramón J. Sender (Huesca, 3-7 de abril de 1995)*, ed. Fermín Gil Encabo y Juan Carlos Ara Torralba (Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1997), pp. 235–52.

bibliografía del autor. Un colofón sumamente sugestivo al conjunto de obras surgidas durante el ‘boom teresiano’ tan explotado durante la Restauración.